

Carlos Andrés Rodríguez Beltrán

Jesús Aníbal Vergara Mejía

Nelson Sanabria Castillo

1. Introducción

Hacer un recorrido sobre los preceptos de la cultura estratégica de Chile en la construcción de su política de seguridad y defensa nacional, que tiene su máxima expresión en el Libro Blanco de la Defensa Nacional de Chile de 2010, es un ejercicio necesario para comprender la perspectiva de este país sobre el sistema internacional. Para llegar a esta visión es preciso analizar algunos elementos históricos y geográficos que han influido en la visión que tiene Chile sobre el mundo.

Chile y su geografía

Chile está ubicado del lado oeste del Cono Sur del continente americano, con una extensión total territorial continental de 756.100 km²); comparte frontera con Perú, Bolivia, Argentina y territorios del continente antártico, y se extiende en el oeste hasta la Isla de Pascua, sobre el océano Pacífico.

Comparte frontera al norte con Perú y Bolivia, dos países con los que tiene disputas territoriales desde la Guerra del Pacífico, en el último cuarto del siglo XIX. Desde entonces, Chile y Perú sostienen relaciones en el marco de discursos contrapuestos que tienen manifestaciones geopolíticas por parte de los gobiernos y de la sociedad chilena, principalmente enmarcadas por los intereses económicos sobre la extensión marítima de las regiones adheridas a Chile luego de la guerra (Cabrera, 2010).

Con Bolivia sucede algo parecido, “el relato nacionalista boliviano ha constituido, lenta y sostenidamente, un imaginario que tiende a demonizar a Chile; este país se caracteriza, según esos enfoques, por su tendencia agresiva, expansionista,

1 Este capítulo del libro hace parte del proyecto de investigación de la Maestría en Seguridad y Defensa Nacionales, titulado “Desafíos y Nuevos Escenarios de la Seguridad Multidimensional en el Contexto Nacional, Regional y Hemisférico en el Decenio 2015-2025”, el cual hace parte del Grupo de Investigación Centro de Gravedad de la Escuela Superior de Guerra “General Rafael Reyes Prieto”, reconocido y categorizado en (A) por Colciencias, con el código COL0104976.

cínica e imperialista” (Lacoste, 2015, p 111). Lo anterior, unido a la justificación de la anexión legítima de territorios desérticos a Chile como resultado de la guerra y la no existencia de evidencia histórica acerca de la pertenencia de territorios de Bolivia sobre litoral pacífico, ha mantenido a los dos países en constante tensión geopolítica. Con Bolivia, Chile tiene, desde el periodo de la instauración de la democracia (1990), una agenda donde predomina lo económico, mientras que los gobiernos bolivianos mantienen una agenda donde predomina el conflicto territorial (Barros, 1970).

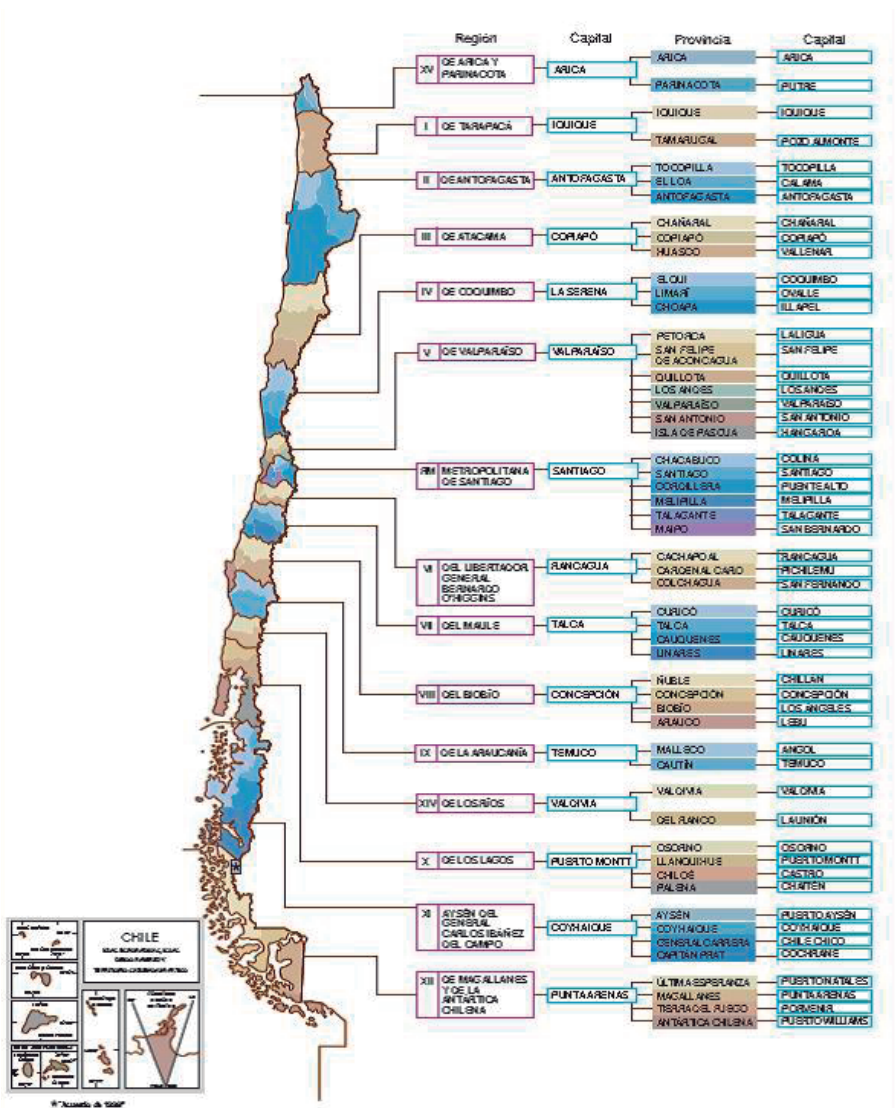


Figura 1. Mapa político de Chile.

Fuente: Subsecretaría para las Fuerzas Armadas Gobierno de Chile (2010).

2. Chile y su historia

Para el historiador chileno Mario Góngora, en la época de la conquista Chile se consideraba la “frontera de guerra”, en referencia al papel que jugaba el centro y centro sur del actual territorio chileno para la Corona, en el contexto de su enfrentamiento contra Inglaterra, que fue más evidente durante el siglo XVIII. La región del Bío-Bío con fuerte presencia militar “tenía fundamental importancia defensiva y caracterizaba la imagen de Chile como país de guerra” (Góngora, 1981, p. 8). Chile se caracterizaba por tener una riqueza agrícola y ganadera en el centro de su territorio actual, y una riqueza minera en el norte, que se exportaba hacia el Virreinato del Perú.

Por su posición geográfica de cara al océano, en palabras del profesor Góngora (1981), “Chile era para España ‘el antemural del Pacífico’, y por eso había de mantenerse, a pesar que su aporte financiero al Fisco Real era escaso o a veces deficitario” (p. 8). Chile, en la época del dominio español, representaba un bastión para la defensa de las riquezas de la Corona y un territorio fértil para el mantenimiento de las fuerzas armadas reales (DIFROL, 1985).

Chile contaba con un territorio compacto, mucho más pequeño que el actual, la ocupación del valle central y norte del territorio fértil del Bío-Bío, facilitó la generación de un poderío económico proveniente de la explotación de harina, trigo y plata; frente a un territorio del sur lleno de tierras agrestes, que fueron independizadas solo después de 1926 (Bethell, 2009, Cap. I). Gobernado por una élite de mayoría criolla blanca y un campesinado mestizo pobre, Chile se reconoció como Estado independiente desde el 12 de febrero de 1818.

Con un gobierno constitucional duradero y estable posterior a la independencia, Chile se desatacó frente a otras repúblicas de América Latina por haber sido capaz de construir un Estado fuerte y unitario (Bethell, 2009). Como único estado de guerra interior se reconoce una guerra civil a mediados de la década de los años veinte del siglo XIX, derivada de la pugna ideológica por la conducción del Estado.

En materia económica y agrícola, la alta demanda de trigo, harina y plata, provenientes de las tierras más al norte de Chile, este fue uno de los puntos más sobresalientes y que marco de manera considerable la visión de la política exterior de país, pues se empezó a acercar a países europeos en sus relaciones diplomáticas. Una relación económica fuerte que brindaría respaldo a los gobiernos chilenos en su proyección hacia la apertura comercial, la defensa y la extensión de su territorio.

El crecimiento de la participación del cobre en las exportaciones y la importancia de Chile en este mercado durante el siglo XIX resultaron determinantes para

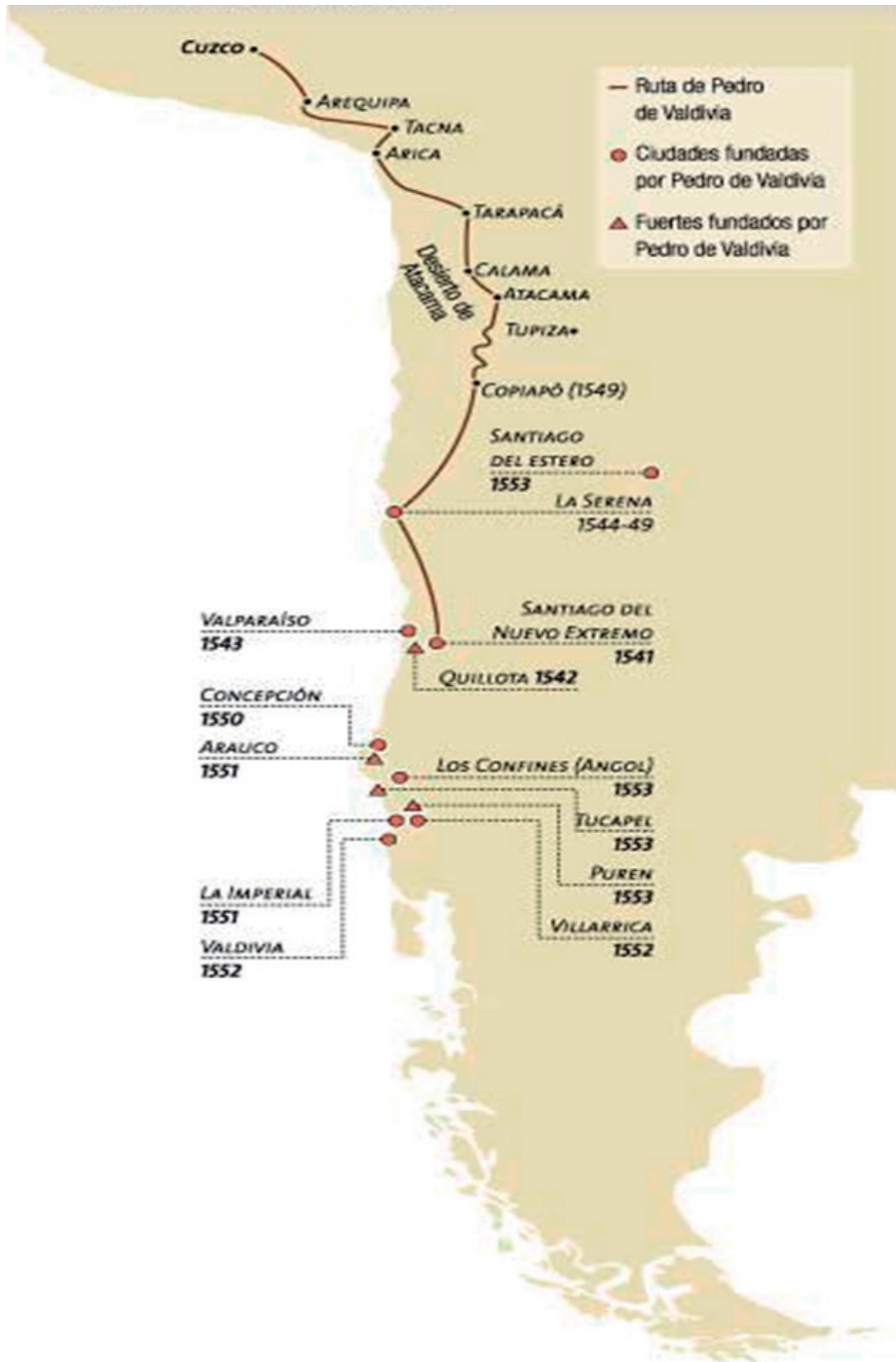


Figura 2. Mapa de la independencia de Chile.

Fuente: Instituto Geográfico Militar de Chile (2018)

la atracción de inversión e inmigración extranjera. Además, fue el cobre el principal factor de industrialización de la economía chilena.

Desde el siglo XIX el cobre y la minería en general dominaron el sector exportador de Chile; le permitieron al país extender tanto la conectividad ferroviaria como la portuaria a lo largo del territorio, en una combinación de inversión privada y pública. Condición que también relegó al sector manufacturero a la importación desde el norte europeo. En palabras de Bethell (2009),

El comercio exterior a lo largo de este periodo estaba controlado en gran parte por varias docenas de casas de importación y exportación ubicadas en Valparaíso y la Capital; estas contribuyeron mucho a la construcción de un nuevo mercado monetario, y permanecieron siendo influyentes desde entonces en el sector corporativo de la economía en desarrollo. (p. 31)

El fortalecimiento de la economía internacional de Chile está asociado con la llegada de barcos de vapor, el desarrollo de ferrocarriles, telégrafos, compañías y bancos provenientes de Gran Bretaña. A este respecto Bethell (2009) comenta que

Los políticos —chilenos— pueden ocasionalmente denunciar a los comerciantes británicos como los nuevos cartagineses o incluso (en una vena más popular) como infieles, pero en general su presencia era bienvenida como un elemento vital en lo que era asumido como el progreso de la nación (p. 23).

Durante el siglo XIX el fortalecimiento de la economía exportadora, esencialmente minera, permitió que el centro de poder se consolidara en Valparaíso y Santiago; mientras tanto, en el sur apenas se empezaba a desarrollar una ocupación poblacional primordialmente migratoria de Alemania. (Ver: Arango Morales, 2018). La mirada de la clase política chilena hacia el sur fue tan poca, que la disputa argentina por territorios de la Patagonia es catalogada por Bethell (2009) como no trascendental “porque —ahí— había menos intereses vitales en riesgo” (p. 41).

La visión hacia el sur del territorio chileno distaba mucho de la que se tenía sobre el norte, primordialmente sobre el desierto de Atacama, donde estaba la esencia del expansionismo económico de Chile. Para mediados de la segunda mitad del siglo XIX importantes e influyentes políticos chilenos tenían intereses en la Compañía de Salitres y Ferrocarril de Antofagasta, que operaba bajo concesiones de Bolivia en un territorio que parecía un Estado, con alta presencia de población chilena, lo que, según Bethell (2009), creaba un conjunto de condiciones propicias para una situación explosiva.

Ya en la década de los treinta del siglo XIX, los chilenos habían tenido un primer enfrentamiento bélico con Perú y Bolivia, en tiempos de la Confederación

Perú-boliviana, esta contienda trató de anticiparse a la posible creación de un poder vecinal que pudiera poner en peligro los intereses de Chile sobre los minerales cercanos al Atacama. Designada como una “guerra ofensiva” por al menos un miembro del Estado chileno (Góngora, 1981, p. 11), la guerra contra la confederación fue una de las demostraciones de poderío y proyección naval de Chile, así como de la continua consideración externa e interna de “territorio de guerra”, como lo mencionó el historiador Góngora.

En palabras de Rothkegel (2010) “con la victoria obtenida en la Batalla de Yungay (enero de 1839), muchos ciudadanos sintieron la euforia patriótica entre marchas militares y canciones de diversos estilos, construyéndose un particular sentido de nacionalidad proyectado al ámbito regional” (p. 49). Así, Chile empezó a construir nación sobre un Estado que lo antecedía, con un fuerte arraigo de la idea de un pueblo guerrero; para el coronel Rothkegel, se trataba de una mirada estratégica militar desligada, en ocasiones, del centralismo político de la clase dirigente.

Según Navarro (2010), durante la década de los años sesenta del siglo XIX Chile tuvo que afrontar las pretensiones de definición limítrofe solicitadas por Argentina, en la Patagonia, y por Bolivia, por el acceso al mar desde tiempos de la colonia. Diferencias que fueron zanjadas gracias a la intervención chilena contra España, en solidaridad con estos dos países americanos. El acuerdo de 1866, que contenía el acceso a ganancias conjuntas entre Chile y Bolivia por la explotación en terrenos al norte del Paralelo 24° sur, sería luego eliminado, en 1874, a beneficio de Chile. La disputa sobre este territorio y su administración sería el caldo de cultivo de la Guerra del Pacífico, que se iniciaría en febrero de 1879 (Navarro, 2010, p. 60)

Según el profesor Bethell (2009, p. 42), en 1874, la pretensión boliviana por aumentar sorpresivamente la carga impositiva sobre la producción salinera a 10 centavos por quintal, estaba fuera de los acuerdos de 25 años de moratoria y causó una amenaza de confiscación ante la negación a su pago. La presencia y ocupación de las fuerzas militares bolivianas en Antofagasta, y luego por el litoral, durante febrero de 1879, sumado a la injerencia de Perú (con ocasión de un tratado secreto de alianza con Bolivia), produjo una declaración de guerra de Chile contra los dos países en abril de 1879.

Para la misma época, Chile atravesaba una difícil situación económica y se sostenía en el discurso nacional de luchar una guerra en defensa de la riqueza mineral. Sin embargo, para Bethell (2009), la guerra fue librada, en gran parte, por Gran Bretaña contra Perú y Bolivia, justificada en la importancia de los minerales del Atacama.

La fuerza marítima desempeñó un papel fundamental en la guerra y Chile logró doblegar las fuerzas bolivianas y peruanas, en medio de las transiciones de gobiernos en Perú y Bolivia, hasta adentrarse en Lima después de doblegar a un acorazado peruano. La Guerra del Pacífico terminó con el Tratado de Ancón, por el cual Perú cedió Tarapacá y su posesión sobre Tacna y Arica. La tregua con Bolivia facilitó el control sobre el desierto de Atacama, que fue cedido definitivamente en 1904.

Gracias a la guerra, Chile sumó a su territorio casi un tercio del total que posee actualmente. Se anexó campos salitreros importantes, lo que le permitió alcanzar mayor crecimiento económico, salir de la crisis y desplazar los metales como fuente principal de riqueza (Bethell, 2009, p. 14).

Según Bethell (2009), “la victoria en la Guerra del Pacífico le dio a Chile un prestigio internacional sustancial” (p. 45). La guerra y la posterior victoria sobre el litoral boliviano le permitieron a Chile salir de la crisis de la década anterior y le dio una riqueza con la que no contaba. La mirada de Chile hacia el norte del país se consolidó; además, la proyección sobre el mar y su intercambio con Europa terminaron viéndose fortalecidos.

A pesar de las cuatro guerras vividas por Chile durante el siglo XIX —que incluye: la de anticipación contra la Confederación Perú-Bolivia; la Guerra naval contra España, en 1864; la Guerra del Pacífico, de 1879; y una guerra civil, en 1891—, al finalizar el siglo XIX Chile contaba con un gobierno consolidado y una clara proyección internacional ligada a la apertura comercial con Europa, basada en los recursos mineros y algunos productos agrícolas. Asimismo, mantenía el prestigio de un Estado consolidado, en parte, porque su estructura, que antecede a la unidad administrativa española, dio “el salto cualitativo del regionalismo a la conciencia nacional” (Góngora, 1981, p. 12).

Según Navarro (2010), gracias a la capacidad de influencia diplomática y militar Chile logró ajustar durante el siglo XIX una visión estratégica de largo plazo basada en un equilibrio de poderes (p. 57). La capacidad militar y la victoria en la Guerra del Pacífico también daría a Chile una posición de liderazgo, en parte, gracias a la ausencia de tensiones cívico-militares, la actitud favorable de la clase política frente a cómo se condujo la defensa y la respuesta efectiva ante las tensiones externas.

Para Navarro, a pesar de que en la segunda mitad del siglo XIX —principalmente— el contexto internacional de Chile fue adverso debido a rivalidades geoestratégicas, “el escenario político doméstico entre 1860 y 1910 y, especialmente hasta 1890, fue de estabilidad política interna, consolidación republicana y ocupación e

integración territorial, todo lo cual fue altamente favorable al ejercicio de la función de defensa” (Navarro, 2010, p. 63)

Al finalizar el siglo XIX el centro de poder económico de Chile se concentraba en la zona norte de país, ya integrada totalmente al territorio nacional chileno después de la guerra con Bolivia y Perú. Así que con las zonas de explotación de salitre y cobre, Chile llegó a convertirse, en el transcurso de ese siglo, en una “unidad económica nacionalmente integrada” (Bethell, 2009, p. 79), gracias a la conectividad desarrollada por la labor pública y privada. De la misma manera, el poder político y los centros urbanos desarrollados se ubicaron en Santiago, Valparaíso y Concepción. La región centro sur, más agrícola y ganadera, empezó a poblarse desde la planificación estratégica militar, según Navarro (2010).

Ya entrado el siglo XX se presenta un hecho internacional que afecta a las críticas tensiones sociales que sucedían en Chile desde la última década del siglo XIX, producto del cambio de poder presidencial a poder parlamentario: la Primera Guerra Mundial.

Gran Bretaña y Alemana, principales socios comerciales de Chile durante todo un siglo, ocuparían sus navíos en la guerra. Este suceso cambiaría el rumbo de la mirada comercial de Chile hacia Estados Unidos; el salitre y los textiles, necesarios para la actividad bélica, serían requeridos por el país norteamericano, aunque no por mucho tiempo. La duración de la guerra y los cambios en la utilización de nuevos materiales para la actividad bélica, en reemplazo del salitre chileno, sumirían a Chile en una crisis económica.

En medio de la guerra, para Bethell (2009), la posición neutral de Chile ante el conflicto bélico mundial provocaría una nueva tensión con Perú y Bolivia, que sí habían cedido ante Estados Unidos con la eliminación de relaciones con Europa Central, pues estos dos países intentaron utilizar su posición como aliados incondicionales de Estados Unidos para presionar una reacción contra los intereses de Chile, cosa que no lograron (Bethell, 2009).

Años más adelante, Estados Unidos sería uno de los principales interesados en la economía del cobre chileno, pues la participación de inversión norteamericana se multiplicaría con los años, especialmente en el tiempo del gobierno autocrático de Ibáñez, a mediados de la década de los años veinte del siglo pasado. Excesiva dependencia internacional —debido a la exportación de minerales a Estados Unidos y la importación de bienes de capital y manufacturados— y una economía fuertemente ligada al comercio exterior, fueron factores definitivos para que Chile resultara ser uno de los países más afectados del hemisferio occidental tras la crisis de 1929, tanto, que el presupuesto nacional se contrajo un 50% en los tres años siguientes a

la gran depresión (Bethell, 2009, p. 21). La situación económica conduciría a inestabilidad política y a cambios de gobiernos en un periodo muy corto. Sin embargo, en años posteriores, las exportaciones de cobre y, en menor medida, de salitre, permitirían salir de la crisis y estabilizar la economía chilena; lo que demuestra la enorme dependencia de Chile con respecto a los mercados mundiales, para bien y para mal.

La presencia de capitales extranjeros en las inversiones de explotación minera en Chile va a convertir al país en un protagonista a nivel internacional durante la Segunda Guerra Mundial. La presencia de capitales del “eje” en empresas situadas en Chile va a obligar al gobierno de turno a tomar una posición en la confrontación bélica. Finalmente, el bando aliado y la dependencia mutua entre Chile y Estados Unidos van a terminar por hacer aguas el deseo chileno de mantenerse neutral en el conflicto. El apoyo a los “aliados” le va a costar a Chile una relación menos benéfica (precios más bajos) en el intercambio de cobre hacia Estados Unidos, sin expulsar o bloquear el capital de los actores del “eje” en el territorio nacional (Bethell, 2009, p. 149).

De esta manera, Chile se convertiría en un país pionero en cuanto a presencia integral sobre el continente blanco, como una clara muestra de un interés geoestratégico sobre varias zonas. Según Cristian Bolívar Rodolfo Ortega (2016), ya en esa época había una clara intención desde la academia para virar la mirada hacia otros espacios, más allá de los comunes; para Ortega, una muestra de ello es que miembros de la academia, como Ramón Cañas, empezaron a mencionar la necesidad de mirar hacia el Pacífico:

La atracción hacia la cuenca del Pacífico toma un carácter múltiple e incontrarrestable, originando que el epicentro del universo derive hacia ella, lo que convierte al mar del sur de Balboa en el océano de las rutas marítimas y aéreas más importantes, y a los continentes y países que baña, en el gigantesco anfiteatro en que se dirimen intereses, se materializan propósitos y se gestan acontecimientos de relieve mundial. (Ortega y Bolívar 2016)

Menciona Ortega que incluso la idea de la Alianza del Pacífico se produjo 50 años antes de que se hiciera realidad, como una propuesta de Cañas. Lo que señala el avance sobre una cultura geopolítica y geoestratégica en un sector de la academia de historia que puede remontarse a 1945, cuando se empieza a tratar académicamente el tema en las universidades nacionales ((Bolívar y Ortega, 2016)).

Esa importancia que desde la academia se le va a dar a la cuenca del Pacífico se va a ver reflejada en numerosos escritos oficiales; por ejemplo, según Ricardo Riesco Jaramillo, existirían tres argumentos que afianzarían esa tesis.

1) Posición de Chile como país determina que a través de su costa controle el acceso al océano Pacífico Sur desde el continente, 2) Chile vigila en forma compartida con Argentina el acceso a la península Antártica y, por ende, al interior del continente Antártico, 3) el país tiene una posición de avanzada en el océano Pacífico representada por la isla de Pascua. (Extraído de Bolívar y Ortega, 2016, p. 6)

Desde esta misma posición, Riesco Jaramillo va a sostener que se pensará que quien domine el Pacífico va a dominar la Antártida. La visión desde la academia se haría realidad con el desembarco en la Antártida y el establecimiento de bases, incluido un centro de meteorología. Esto se dio, especialmente, en el gobierno de Gabriel González, en 1946, en cuyo tiempo se inició la conexión aérea con la Isla de Pascua y comenzó la política de colonización de las islas del Beagle, dentro del Plan Navionario (Góngora, 1981, p. 122).

De acuerdo con el general Molina (2010), a pesar de que en las décadas del treinta y del cuarenta Chile desarrolló una arquitectura institucional de la seguridad y la defensa nacional, Ministerio de Defensa Nacional, en 1932; Consejo Superior de la Defensa Nacional, en 1941; Estado Mayor de Coordinación de la Defensa Nacional, en 1942; Academia de Defensa Nacional, en 1947, se careció de un sistema de defensa nacional más allá de la mirada sobre necesidades logísticas y económicas, sobre la base de posibles confrontaciones bélicas.

Según el general Molina, hasta 1960 “predominaba en Chile una directa relación entre defensa nacional y guerra para concebir y ejecutar las funciones dirigidas a garantizar la seguridad exterior” (Molina, 2010, p. 93). Situación que cambió con la formación de la élite militar gracias al Pacto de Ayuda Militar que se firmó después de la Segunda Guerra Mundial. Según Molina (2010), “durante el periodo 1910-1960 la defensa nacional en Chile no se fundamentó en procesos, estructuras y actores debidamente integrados en un sistema. Luego, no existió una clara y definida conducción de esta función primaria del Estado” (p. 94). Esto podría explicarse por la ausencia de amenazas reales de conflictos bélicos y las constantes crisis políticas que produjeron cambios permanentes en la conducción de la defensa; por ello, los esfuerzos académicos estuvieron desligados de la conducción política y militar; lo que produjo demora en la construcción de un sistema de defensa nacional, con políticas, estrategias y doctrinas concordantes (Molina, 2010).

Luego de la Segunda Guerra Mundial, Chile va a entrar con el resto de los países en lo que Góngora llama la “mundialización” y “continentalización” de la política, al hacer parte de las Naciones Unidas y la Organización de Estados Americanos, a la vez que se daba un debilitamiento de los Estados Nacionales (Góngora, 1981, p. 121). Del mismo modo, y debido a los periodos de constantes de crisis económicas e inflación, Chile entrará a asumir las políticas de la CEPAL, como la introducción

de una política económica internacional de industrialización por sustitución de importaciones, para el caso concreto la ‘chilenización’ de minería del cobre;

así, el Estado entraba a la esfera de las decisiones sobre comercialización y precios de exportación, de los cuales hasta ese momento estaba totalmente ajeno, teniendo que atenerse al precio de Norteamérica y no al de la Bolsa de Metales de Londres. (Góngora, 1981, p. 128)

Desde un poco antes de haber iniciado la Segunda Guerra Mundial, existía ya influencia internacional de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas y de Estados Unidos sobre los partidos políticos chilenos. Sin embargo, la relación comercial y política entre Chile y Estados Unidos (Salazar y Pinto, 2003, p. 56). Incluso el profesor Bethell habla que en la década de los sesenta Chile recibió más ayuda directa per cápita que cualquier otro país del hemisferio occidental (2009, p. 191). De hecho, se considera que las medidas de financiación se dieron como parte de una actitud anticomunista, mucho antes de la llegada de Allende.

3. Chile y su visión estratégica

En Chile, como en América Latina, se vivió la tensión internacional de la Guerra Fría. La llegada de Salvador Allende a la presidencia desequilibra la balanza de poder de Estados Unidos en América Latina. Ya en Cuba había llegado Fidel Castro a convertirse en el presidente y se había dado la crisis de los misiles. Con Allende en la presidencia de Chile el capital estadounidense en las empresas mineras empezó a debilitarse en medio de la crisis por devaluación e hiperinflación, así como por la nacionalización de muchas industrias. La llegada de Fidel a Chile en una visita inusualmente larga y los cambios estructurales con respecto al desarrollo económico chileno, entre otros, desatarían la intervención militar y el golpe de Estado el 11 de septiembre de 1973. Chile entró en el periodo de gobiernos militares que predominaron en el Cono Sur, auspiciados por Estados Unidos como parte de la lucha antisoviética, en el marco de la doctrina de seguridad nacional.

Doctrina de Seguridad Nacional (DSN). Esta es una perspectiva académica que entendió la seguridad nacional en función de la defensa de los Estados, frente a las influencias del comunismo, lo que llevó a generar tácticas militares de contención y disuasión. (Libro Blanco de Defensa, 2010).

Existe gran variedad de autores que sitúan el origen del origen de la DSN en los inicios de la Guerra Fría a partir de la mitad del siglo xx (Dufort, 2017; Serrano Álvarez, 2018); autores como Velásquez Rivera sitúan en este contexto histórico el comienzo de la DSN. Según este autor,

la DSN fue un conjunto de concepciones o cuerpo de enseñanza derivado de supuestas verdades, principios, normas y valores que un Estado, a través de sus propias experiencias o las de otros Estados y de conformidad con su Constitución Política y con las realidades del país, considera que debe llevar a la práctica para garantizar el desarrollo integral del hombre y de la colectividad nacional, preservándolos de interferencias a perturbaciones sustanciales de cualquier origen. (Velásquez, 2006)

La DSN, como desarrollo práctico en los Estados Unidos, tenía como objetivo claro contener la expansión de la URSS, como actor estatal principal en la contienda bipolar. Los Estados alineados en la política estadounidense tenían a su cargo realizar los cambios necesarios bajo la DSN, para de esta forma obtener un control mayor de la sociedad civil y reducir las amenazas, que, apoyadas en el eje soviético, buscaran desestabilizar el orden estatal. Lo que llevó a la militarización total del concepto de seguridad (Leal, 2003).

En la región latinoamericana esta perspectiva logró insertarse con fuerza en la doctrina militar de los Estados del continente. El acta de Chapultepec, el Plan Truman, el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca y la creación de la Organización de Estados Americanos, dieron suficientes bases a esta orientación en seguridad (Leal, 2003, p. 78). Desde esta perspectiva, la seguridad nacional “se utilizó para designar la defensa militar y la seguridad interna, frente a las amenazas de revolución, la inestabilidad del capitalismo y la capacidad destructora de los armamentos nucleares” (Leal, 2003, p. 74).

Serán el triunfo de la Revolución cubana, en 1959, y la posterior crisis de los misiles, los acontecimientos que insertarán de manera más activa a América Latina en la lógica de la Guerra Fría. La creencia en el anarquismo internacional, donde cada Estado está llamado a conservarse en medio de la pugna de poderes, la predilección del *statu quo*, el pensamiento hegemónico de la democracia liberal como única forma de progreso, entre otros aspectos, posibilitaron la consolidación de la DSN (Leal, 2003).

El surgimiento de grupos insurgentes en casi toda la región, en forma de guerrillas bajo la ideología marxista, provenientes de distintos sectores y movimientos sociales, se constituyó para los militares como el instrumento por medio del cual la URSS se insertaría en la región. Con esto, el enemigo que se percibía externo se transformó en un enemigo interno y en amenaza principal al *statu quo*. Para enfrentar este tipo de reacciones internas, según Francisco Leal Buitrago, la DSN “mantuvo la idea de que a partir de la seguridad del Estado se garantizaba la de la sociedad” (2003).

En el marco económico, con la dictadura la nacionalización de la gran minería no duraría mucho y la adhesión a las economías de libre mercado volvería a repuntar

en la dictadura de Pinochet. La injerencia de las recomendaciones de economistas de la Universidad de Chicago se hizo realidad, el gobierno militar empezaría a reducir aranceles y a promover la privatización de empresas públicas con capital extranjero (Bethell, 2009). Y aunque las recomendaciones fueron tenidas en cuenta, casi al pie de la letra, Chile no se salvó de la crisis latinoamericana del pago de la deuda externa, pues la década de los setenta no fue un buen tiempo para los precios del cobre. El gobierno chileno terminó siendo luego un gobierno más independiente de las instrucciones estadounidenses, pues Estados Unidos se enfocó en sus intereses en Centro América por el temor del regreso al poder del comunismo, lo que le permitió cierta comodidad a la dictadura en Chile.

Por otro lado, tan arraigada era la relación entre el concepto de defensa nacional y los problemas bélicos por conflictos limítrofes que el incidente sucedido en el islote Snipe, en 1958, entre Argentina y Chile, da paso a la Ley de Cobre que le asegura al Consejo Superior de la Defensa Nacional un ingreso permanente de las utilidades de las empresas mineras (Soto, 2010). Incluso en gobierno de excepción, en 1977, el general Pinochet sostuvo dos frentes de batalla (al norte con Bolivia y Perú y al sur con Argentina), mediante la coordinación absoluta del sistema de defensa nacional, por medio de la disuasión y la diplomacia como principales estrategias, en vez de la confrontación. (Ver también: Saín, 2018; Anzelini, 2019; Iazzetta, 2019).

La relación de Chile con el mundo empezó a debilitarse con el paso en el tiempo de la dictadura y las constantes denuncias sobre violación de los derechos humanos. El gobierno de Pinochet logró soportar varios años más después de que otras dictaduras de América Latina hubiesen entregado el poder a los civiles. Incluso Estados Unidos empezaría a insistir en la extradición, posterior a la instauración de la democracia, de los responsables del asesinato del diplomático Orlando Letelier, sucedido en territorio estadounidense (Bethell, 2009).

El tránsito a la democracia plena estaría mediado por la imperiosa necesidad de demostrar que el modelo económico implementado, basado en un comercio aún más abierto que el acostumbrado, podría distribuir mejor los beneficios. Sin embargo, antes de entregar el poder al modelo económico que se impondría años después en buena parte del hemisferio occidental, ya había quedado imbricado en las instituciones chilenas desde la dictadura.

Para Soto (2010), el restablecimiento de la democracia traería consigo la discusión sobre la existencia de una política de defensa en un escenario cambiante y de reinserción del país, que requeriría de una nueva política exterior (p. 112). Solo sobre la base de la apertura de los temas de defensa y seguridad nacional y su

acceso por parte de los civiles, así como el conocimiento de la función de la defensa por parte de estos, es que se empieza a hacer visible (con escritos) una política de defensa que siempre estuvo presente, y a comprender la función del sistema de defensa (Soto, 2010; Imbeault, 2018).

Son dos los elementos geopolíticos de Chile que, de alguna manera, han afectado la visión que tiene este país acerca del mundo y la manera en la que cree ser visto por los actores del sistema internacional.

El primer elemento radica en la capacidad de Chile de asumir su posición geográfica como una condición ventajosa de cara al océano y, por ende, al comercio marítimo. Chile utilizó la estabilidad institucional heredada de los primeros años de independencia como atractivo de inversión y, por ende, como parte básica de su relación con el mundo a través del comercio de minerales.

El segundo elemento está relacionado con el hecho de que el centro de su poder económico y político giró sobre la base de la necesidad de beneficiarse de las riquezas que generaban los recursos minerales en el norte y el centro del país, para con ellas jalonar el desarrollo en otras zonas a través de la inversión público-privada nacional y extranjera. (Lopes da Cunha, 2017).

La conducción geoestratégica de Chile contempló, durante al menos dos siglos, la necesidad de no permitir un desbalance de poder con el vecindario que resultara en una situación desfavorable. Además, amplió y resguardó su integridad territorial como garantía para salvaguardar sus intereses, bajo una actitud de permanente atención sobre sus vecinos y una respuesta oportuna —conjugada con iniciativa militar y política— a los desafíos bélicos que se presentaron en su vecindario.

4. Construcción de una cultura de seguridad y defensa nacional más allá de un libro

El escenario de la geopolítica latinoamericana está íntimamente ligado a la definición de las fronteras de los Estados tras la independencia del Reino de España, bajo el precepto del *uti possidetis iuris*. Gran parte de los conflictos territoriales que se han desencadenado en América Latina, incluido el de Chile, se remiten a los límites que la Corona española impuso sobre territorio continental. Esta ha significado constantes controversias, pues al ser parte de una unidad política, los hitos limítrofes entre virreinos o provincias nunca fueron definitivos, lo que ha generado el predominio de una contraposición de cartografías para defender posesiones históricas, como sucede con Chile y Argentina en el caso del Campo de Hielo Sur

(Manzano, 2016). En este sentido, el Estado chileno ha estado constantemente enfrentado a discusiones limítrofes con su vecindario.

Hay que tener en cuenta que las zonas de discusión con Bolivia y Perú son territorios de condiciones climáticas desérticas, pero de gran importancia geoestratégica, pues se trata de áreas de explotación minera que constituyen el principal renglón de exportaciones de Chile que, como se mencionó anteriormente, tiene una participación importante en el PIB (Subsecretaría para las Fuerzas Armadas Gobierno de Chile, 2010, p. 35). Estos territorios son reconocidos por el Estado chileno como propios, por el Tratado de Paz y Amistado firmado en octubre de 1883 con el Estado peruano y por el pacto de tregua del 4 de abril de 1884 con el Estado boliviano, incorporados en la Constitución chilena, lo que significa que son territorios que para Chile no tienen discusión.

Estas premisas de legitimidad sobre la integridad del territorio están altamente arraigadas en la sociedad chilena, al igual que un discurso negativo, una ‘demonización’ con respecto a los Estados boliviano y peruano, como lo menciona Lester Cabrera (2010) y Pablo Lacoste (2015).

Por esa razón, en los libros blancos de 1997, 2002 y 2010 hay una clara definición sobre los preceptos constitucionales que orientan la actividad del Estado: “la preservación de la nación, el mantenimiento de su independencia política, el mantenimiento de su soberanía y el mantenimiento de su integridad del territorio nacional” (Subsecretaría para las Fuerzas Armadas Gobierno de Chile, 2010, p. 30).

Por otra parte, Chile ha avanzado desde mediados de la segunda mitad del siglo xx, con el gobierno militar, en la construcción de una cultura de apropiación sobre el territorio marítimo. Según el Libro Blanco de Defensa, “Chile posee un litoral de más de 4300 km, resulta una superficie de 3.409.122,34 km² de mar, sin incluir la proyección marítima del Territorio Antártico Chileno” (2010, p. 36), cuya área insular más lejana es Isla de Pascua a más de 3700 kilómetros del territorio continental.

Como parte de su cultura estratégica, Chile ha trabajado desde antes de la transición a la democracia en el desarrollo de una comunidad de defensa, como un grupo constituido por militares y por civiles, provenientes principalmente de centros académicos y partidos políticos, cuyo común denominador es su conocimiento y experiencia en materias de Defensa y que tiene por propósito fundir las vertientes de pensamiento civil y militar en la investigación y discusión de los temas generales que tienen elación con la Defensa Nacional. (Libro Blanco de Defensa de Chile, 2010 p. 78)

Bajo esta lógica, es necesario resaltar que la concepción de seguridad y defensa de Chile tiene como premisa la exitosa interacción entre la sociedad civil, las autoridades locales y regionales, y las Fuerzas Militares; es decir, se parte de la base de que las problemáticas que afectan al Estado deben ser atendidas por todos, por ello, existe una constante y exitosa cooperación entre la sociedad y las Fuerzas Militares. (Álvarez Calderón & Rodríguez Beltrán, 2018).

Para los chilenos, la seguridad y defensa también constituye un insumo decisivo en la economía, por tal razón muchos de los proyectos de desarrollo tecnológico de cada una de sus fuerzas cuentan con el respaldo científico de las universidades y, en general, de la academia. Conscientes de los errores del pasado, la estructura de seguridad y defensa en Chile es el resultado del trabajo coordinado de todos los actores de la sociedad, además, la importancia de generar espacios de consentimiento con otros actores del sistema internacional.

Referencias

- Álvarez Calderón, C., & Rodríguez Beltrán, C. (2018). Ecosistemas criminales. *Revista Científica General José María Córdova*, 16(24), 1-30. <https://doi.org/10.21830/19006586.352>
- Anzelini, L. (2019). Entre el discurso y la acción efectiva: las contradicciones de la política de defensa de Macri. *Revista Científica General José María Córdova*, 17(25), 69-90. <https://doi.org/10.21830/19006586.386>
- Arango Morales, X. (2018). Nuevos rumbos legislativos al final de la Guerra Fría: Alemania, República Checa y Rusia. *Revista Científica General José María Córdova*, 16(23), 165-180. <https://doi.org/10.21830/19006586.295>
- Barros, M. (1970). *Historia diplomática de Chile 1541 – 1938*. Santiago, Chile: Andrés Bello.
- Bethell, L. (2009). *Chile desde la independencia*. Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez.
- Bolívar, C; Ortega, R. *Estrategia Militar*, Santiago de Chile. Academia de Guerra del Ejército de Chile, 2016.
- Cabrera, L. (2010). ¿Por qué los países suramericanos aún invierten en defensa? Un análisis Desde la geopolítica contemporánea. *Revista Estudios Hemisféricos y Polares*, 9 (2), 25-42.
- Dirección Nacional de Fronteras y Límites del Estado (DIFROL). (1985). Tratado de Paz y Amistad de 1984. Recuperado de <http://www.difrol.gob.cl/argentina/tratado-de-paz-y-amistad-de-1984.html>.
- Dufort, P. (2017). La influencia de la comprensión cambiante del poder sobre la estrategia: un ensayo genealógico. *Revista Científica General José María Córdova*, 15(19), 29-81. <https://doi.org/10.21830/19006586.83>
- Góngora, M. (1981). *Ensayo histórico sobre la noción de Estado en Chile en los siglos XIX y XX*. Santiago de Chile: Editores La Ciudad.

- Iazzetta, M. (2019). Seguridad ciudadana y actividad policial comunitaria en Argentina. Estudio de caso en Rosario. *Revista Científica General José María Córdova*, 17(25), 93-110. <https://doi.org/10.21830/19006586.387>
- Imbeault, M. (2018). El destino de los civiles en la nueva guerra justa. Una perspectiva canadiense. *Revista Científica General José María Córdova*, 16(22), 23-36. <https://doi.org/10.21830/19006586.322>
- Instituto Geográfico Militar de Chile (2018). Recuperado de <https://www.igm.cl>.
- Lacoste, P. (2013). La Cultura y el cultivo del olivo en Chile y Cuyo (1550-1850). *Colonial Latin American Historical Review (CLAHR) second series*, 1(1), 63-91.
- Leal, F. (2003). La doctrina de seguridad nacional: materialización de la Guerra Fría en América del sur. *Revista de Estudios Sociales*, (15), 74-87. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Libro de la Defensa Nacional de Chile. 2010.
- Lopes da Cunha, G. (2017). Acuerdo de Asociación Transpacífico: discurso y praxis. *Revista Científica General José María Córdova*, 15(19), 83-94. <https://doi.org/10.21830/19006586.76>
- Manzano, K. (2016). Representaciones geopolíticas: Chile y Argentina en Campos de Hielo Sur. *Estudios Fronterizos, nueva época*, 17(33). Universidad de Concepción.
- Molina, J. (2010). La conducción de la defensa en Chile 1960 Al 2010: La Seguridad y Defensa en Chile. *Revista Política y Estrategia*. Santiago de Chile: Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE).
- Navarro, M. (2010). La conducción de la defensa, la era más dramática. Desde 1860 al centenario de la independencia. *Revista Política y Estrategia*. Santiago de Chile: Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE).
- Rothkegel, L. (2010). La conducción de la defensa desde 1810 hasta 1860. *Revista Política y Estrategia*. Santiago de Chile: Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégicos (ANEPE).
- Salazar, G. y Pinto, J. (2003). Historia Contemporánea de Chile. Volúmenes I al V. Santiago de Chile: Lom Ediciones.
- Saín, M. (2018). ¿Militarización del control del narcotráfico en Argentina? *Revista Científica General José María Córdova*, 16(24), 61-82. <https://doi.org/10.21830/19006586.366>
- Serrano Álvarez, J. M. (2018). El paradigma de la guerra en el siglo XX. *Revista Científica General José María Córdova*, 16(23), 23-42. <https://doi.org/10.21830/19006586.305>
- Subsecretaría para las Fuerzas Armadas Gobierno de Chile (2010).
- Soto, J. (2010). La conducción de la defensa en Chile 1960 al 2010: ¿Un problema de los militares o de todos los chilenos? *Revista Política y Estrategia*, 115. Academia Nacional de Estudios Políticos y Estratégico.
- Velásquez, E. (2006). La transición a la democracia en Chile según la derecha. *Estudios Políticos*, (29), 189-215. Medellín.